Tom. III. Num. 71. —161— 18 de Agosto de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

EL ABANDERADO DE LOS GORDOS

al coronel de su regimiento

D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

Mi estimado coronel:
Con el acento mas fiel,
con que debé un subalterno
tocar el pito ú el cuerno,
cuando á un gefe se confía,
dóile las gracias á usía
por la distincion honrosa
que á mi pobre panza endosa.
Y con el mas fiel acento,
con que hasta el cabo ú sargento,
que en la música es perito,
toca el cuerno ú toca el pito,
las gracias le vuelvo á dar
por la merced singular,
que hoy por su conducto alcanza
mi *insignificante* panza.
Verdad es que no soy digno
de enarbolar ese signo,
que, aun colgando de una caña,
debe dar mas gloria á España,
á la Europa y á otras partes,
que todos los estandartes
llenos de cintas y flecos
que hoy marchan sobre Marruecos;
pero aunque digno no sea
de ceñirme la correa,
ni la reluciente banda
que mi destino demanda;
cuando la patria peligra,
hasta la modestia emigra
de un pecho que, en otro caso,
ni aun fuera.... soldado raso.
Acepto pues, señor gefe,
y ¡ay! del pobre mequetrefe,
que al oir nuestra trompeta
no se rinda y se someta
á la ley del gordo sable!
¡Ay del flaco miserable,
que, escudado con sus huesos,
haga la guerra á los gruesos,
y enristre su débil lanza
contra la preñada panza
de quien siga mi bandera!!
¡Infeliz! ¡mejor le fuera
no haber al mundo nacido!
porque solo de un bufido
de un barrigudo adalid,
no ha de quedar en Madrid,
ni tampoco fuera de él,
ningun galgo, ni lebrel,
bacalao, ni sardina,
culebra, ni culebrina,
ni rocinante ó rocin,
ni arquito de violin,
ni víbora ó lagartija,
mango de escoba, clavija,
araña, anguila, ni rana,
ni una cara de terciana,
ni un ambulante esqueleto,
ni..... mas no hallo ya epiteto
que usar en lugar de tacos
para ese enjambre de flacos,
que no quiere paz ni migas
con las redondas barrigas,
que de su poder en muestra
dió el cielo á la gente nuestra.
Nada importa que un perjuro
con lábio traidor é impuro
moteje hoy nuestros toneles,
y cubierto con las pieles
del débil bando contrario,
nos venga desde este osario

haciendo la oposicion,
porque.... mas, lengua, ¡chiton!
que al cabo, á la postre y fin....
el tendrá su San Martin.
Venid, pues, queridos gordos;
y haciendo, cual yo, los sordos,
ó sino haciéndoos los suecos
al ladrar de los Can-secos,
Urrabietas y Zorrillas,
de los Villergas, Bonillas,
y toda esa zarandaja,
que tiene el rabo de paja,
decid conmigo en complot:—
¡Viva el coronel Ribot!!!
¡Vivan los buenos jamones,
las morcillas, salchichones,
el pan, la carne, el tocino!!
¡Muera el agua, y viva el vino!!

El Sueco.

MI VIAGE Á LA ALCARRIA.

Una de las manias mas comunes en esta dichosa época de escritores, fósforos y motines, es el escribir de viages, sin que muchos de los que asi escriben hayan pasado de las tapias del Buen-Retiro ó del paseo de San Vicente.

Publicó nuestro amigo Fray Gerundio una curiosísima obra de viages, é inmediatamente cundió la moda de tales escritos; y literato de nuevo cuño conozco yo que está concluyendo el 6.° tomo, de grueso volúmen, de una obra de este género, en que describe un viage que verificó á Carabanchel de Abajo, donde permaneció un dia, dando al anochecer la vuelta á la capital, de donde habia salido por la mañana en un caballo de alquiler.

Así es, que nada hay mas frecuente hoy dia que el leer en las esquinas anuncios de semejantes obras, ó el tropezar á cada paso en los periódicos con artículos de viages que, segun las costumbres descritas en ellos, los cree el lector hechos por la Mesopotamia, mas bien que por cualquiera de las provincias de España.

Por no ser, pues, menos que los indicados viageros, voy á describir algunas de las que observé en un pueblecillo de la Alcarria, de cuyo nombre ni quiero ni debo acordarme.

La noche que llegamos á él otros tres compañeros y yo, fuimos convidados por un robusto mozo, gran tocador de guitarra, á acompañar á diez ó doce de aquellos rústicos galanteadores en las músicas y serenatas con que trataban de obsequiar á otra porcion de mozuelas no menos rústicas que ellos. Reunida la comitiva en la Plaza, y armados todos los mancebos de gruesísimos garrotes, seguimos por una estrecha y oscura callejuela hasta la mitad de ella, donde habitaba la hija del tio *Sabañon*, dama del capataz de aquella gente: despues de un cuarto de hora ocupado en templar los instrumentos, con voz un tanto aguardentosa, entonó uno de ellos, al compás de un desafinado violin y de dos menos afinadas guitarras, la siguiente cancion que un zapatero poetastro de aquella tierra, compuso apropósito para la funcion de aquella noche: decia asi:

Despierta ya, *Sabañona*,
y asómate á esa ventana;
que con tu ausencia me pican
los sabañones del alma.

Siguieron á esta copla otras por el mismo estilo, y á poco rato la requerida doncella, abriendo la ventana, arrojó una gran torta con manteca y como medio celemin de avellanas que el correspondido galan recibió con cuidado en la manta que llevaba, distribuyéndolas entre los circunstantes; y dando en seguida las buenas noches á la alcarreña Dulcinea, se retiró esta de la ventana, y la alegre comparsa se marchó, como suele decirse, con la música á otra parte.

Hay entre aquellas gentes una costumbre sobre serenatas bastante rara, y que se observa con mas rigor que la constitucion que nos rige en España; esto es, que está escrita para todos los españoles aunque muchos, desde los ministros hasta los mas insignificantes esbirros, no han querido en ningun tiempo ser regidos por ella, que algo tiene tambien de rara como la costumbre que trato de esplicar: desde tiempo inmemorial está prohibido (no por la justicia del pueblo, sino por los garrotes de los mozos) á cualquiera mozalvete que no cuente catorce inviernos, pues no siempre han de ser primaveras, el dar músicas por la noche á otras jóvenes que como ellos empiezan ya á *piñonear*, voz tomada del diccionario de los andaluces. Cumplida la edad, los que tratan de obtener la facultad de rondar, entregan tres pesetas al presidente del dicho tribunal garrotesco, que se gastan por la noche en aguardiente, en celebridad del ingreso del jóven en el gremio de los rondadores; siendo castigado sin apelacion el que se atreve á usar de esta facultad sin los requisitos indicados. Una escena de esta especie presenciamos aquella noche al dejar en paz á la hija del tio *Sabañon*, cuya torta y avellanas les sirvieron de aliciente para apurar los sendos vasos de aguardiente, producto de las tres pesetas, y que el nuevo rondador sirvió á los demas sin probarlo él, por ser este el ceremonial, recibiendo de todas partes enhora-

buenas por pertenecer ya á tan escogida é independiente clase. Concluido este simulacro de consagracion, siguieron todos calle abajo, acompañando los mas de ellos aquella desentonada orquesta con estupendos y atronadores rebuznos, con los que anuncian su llegada á las amarteladas alcarreñas que al dia siguiente, para manifestarles el desvelo que pasan por ellos, les dan noticia de las veces que les han oido rebuznar, á la manera que las damas de otros tiempos contaban los suspiros que al compás de su laud exalaban los tiernos trobadores entre las amorosas y dulcísimas endechas que al pié de sus rejas entonaban; siendo lo mas particular entre estas damas de la Alcarria, que se engrian y muestren orgullo de que sus adoradores imiten con perfeccion en sus rebuznos al pacífico animal de quien son propios; y verdaderamente no deja de tener mérito esta habilidad de rebuznar; única circunstancia que falta á muchos que conozco yo, para asemejarse enteramente al cuadrúpedo en cuestion.

No habiamos aun andado veinte pasos, cuando uno de los directores de la fiesta insinuó que se debia preferir en la serenata á la sobrina de la *Conejera*, su adorada prenda; y así era preciso se dirigiese la comitiva á su casa con preferencia á las demas; pero á esta peticion le sucedió lo que sucede en el Congreso con la mayor parte de las que se presentan, pues encontró una oposicion decidida por parte de algunos de sus compañeros que reclamaban para sus respectivas prógimas un privilegio igual; alegando uno de ellos en abono de su demanda, haber gastado aquella noche diez cuartos para encordar una de las guitarras, por lo que reclamaba la preferencia de la música á favor de su novia, la nieta del tio *Lechuza*; y entre si habia de ser la privilegiada la *Conejera* ó la *Lechuza*, pasaron de las insinuaciones á las amenazas, de las amenazas á los insultos, de los insultos á los bofetones, de los bofetones á los garrotazos; y divididos los mozos en dos partidos, menudeaban los golpes de tal manera, que mis amigos y yo por prudencia (a) miedo, nos retiramos con paso un tanto apresurado huyendo de aquel encarnizado combate entre *lechuzos* y *conejos*. A la mañana siguiente supimos que de la nocturna batalla habian salido dos cabezas abiertas y cuatro brazos rotos, amen de algunas contusiones en las espaldas, y que los que habian quedado sanos se hallaban en la carcel á disposicion del juez de primera instancia que habia empezado en este asunto por la prision de los agresores, y del escribano, que habia empezado por su parte por el embargo de sus bienes con la santa y caritativa idea de asegurar las venideras costas: único obgeto y fin de la justicia entre esta clase de aves de rapiña que Bufon no se acordó de describir.

Haciendo reflexiones nos encontrábamos sobre la anterior ocurrencia, cuando el tio *Mediacapa*, en cuya casa nos hospedábamos, exigió de mí le acompañase de hombre bueno á un juicio de conciliacion que iba á celebrar con el tio *Vigornia*, actual cobrador de contribuciones: no pude menos de acompañarle, de lo cual me alegré despues por la siguiente chistosa escena que tuve ocasion de presenciar.

Sentado el alcalde sobre una mugrienta silla, y teniendo delante un antiquísimo arcon que hacia las veces de mesa, al entrar nosotros, dijo con voz de autoridad, y sosteniendo la barba con la mano izquierda.—Se va á escomenzar el juicio; el tio *Mediacapa* diga pues lo que le dé la gana sobre el particular.—Entonces mi cliente, metida la mano derecha en el pecho y la izquierda en el bolsillo del calzon corto que usaba, se esplicó de este modo:—Bien sabe su mercé lo atrasado que me encuentro y la miseria en que viven mi muger y los nueve hijos que Dios se ha servido darme y que creo llegarán muy pronto á diez segun he sabido esta mañana. Pues ha de saber su mercé que el tio *Vigornia*, que está presente, me buscó hace medio año para que condujese á Madrid á un comandante con su muger y dos cadetes, diciéndome que él me pagaria el importe de los bagages de los fondos de propios del Ayuntamiento que, con perdon sea dicho, por lo que voy viendo, solo son propios del tio *Vigornia*. Y así, señor alcalde, quiero que su mercé le mande satisfacerme esa cantidad, que ya podia haberlo hecho con lo que se está gastando con la muger del *Chato* que segun malas lenguas....—Señor alcalde, interrumpió el tio *Vigornia* enseñando los puños, no permita su mercé que me insulten; porque si no se me alministra justicia, yo me la tomaré por mis manos; dejemos en paz al *Chato* y á su muger, porque si no, yo tambien diré lo que el tio *Mediacapa* está haciendo con la hija del tio *Besuguillo*; dando que reir al diablo todos los dias, y escandalizando á todo el pueblo.—Basta ya dijo el alcalde, de esos asuntos tan puercos, y vamos al que nos está ocupando; siga usted, tio *Vigornia*.—Ya no tengo nada que decir.—Y usted tiene que decir algo mas?—Solo que su mercé desamine bien ese documento que me ha escrito hoy mismo el sacristan, y en él verá el comprobante de mi pretinsion.—Leyó el alcalde el documento presentado por el tio *Mediacapa*, que yo copio del original, y no quiero defraudar de él á mis lectores.

Decia así:—Nota que yo Martin Moreno (a) *Mediacapa* presento al señor alcalde de la cantidad que me debe el tio *Vigornia* por haber llevado á la córte los bagages siguientes:

1.° Un comandante;—un macho. 20 rs.
2.° su muger;—una borrica. 14
3.° dos cadetes;—dos pollinos. 30
Total de bestias:—cuatro. Importan 64 rs.

Martin Moreno.

Segun la redaccion del anterior documento, copiado á la letra del original, no se puede saber si el total de la cuenta se referia al comandante y su familia, ó á las bestias que los trasportaron á la capital.

El alcalde, oida la evasiva contestacion del cobrador de las contribuciones, mandó que este pagase inmediatamente la suma adeudada, amen de doce cuartos al alguacil que lo citó, y tres reales á su merced por los derechos que, segun su legislacion particular, le competian.

Al dia siguiente nos llevaron á visitar los *pasos*, que son una porcion de magníficas estátuas de piedra que representan la pasion de Jesucristo, existentes en un oscuro subterráneo de una capilla estramuros del pueblo, y fabricadas por los cristianos refugiados en aquel sitio cuando los moros dominaban aquella poblacion, segun nos esplicó, refiriendo algunos milagros, el *Cicerone* que nos guiaba.

Preguntando uno de mis compañeros por qué una bella estátua de Judas tenia las narices de yeso siendo lo demas de piedra, nos contó que de tiempo inmemorial se encontraba de esa manera á causa de que una vez en semana santa, época en que el pueblo sube á rezar, un mozo indignado de que Judas hubiese vendido á Jesucristo, le pegó un garrotazo, en su cristiana exaltacion, y le echó las narices al suelo; costumbre que se repite todos los años, siendo un triunfo entre los mozos el derribárselas primero, habiendo sucedido algunas veces grandes riñas entre ellos por atribuirse la preferencia en tan santa mutilacion, que dura todo el tiempo de la cuaresma; pues pasado este, le pegan al apaleado Judas unas nuevas narices de yeso, que han de ser despegadas en el año venidero á impulsos de un nuevo garrotazo.

Algunas otras costumbres particulares y raras podia relatar en este artículo; pero ha salido ya demasiado largo, y bueno será dejar tela cortada para otro dia.

Juan Rico y Amat.

LA FRIOLERA.

Entre marido y muger
peloteras suele haber;
hablo de las peloteras,
que por ciertas frioleras
que suelen irse enredando,
sin saber cómo ni cuando;
llegan á formalizarse,
y vienen á rematarse,
abreviando de razones,
á palos y pescozones.
Pues este, señores, era
un marido calavera
con un genio del demonio,
de modo que el matrimonio
siempre estaba perturbado.
La madre de la muger,
como se puede creer,
era suegra del marido,
y ya se habrá conocido
que entre ellos no reinaria
una perfecta armonía.
(Lo que es suegra en una casa
quien lo sabe, es quien lo pasa.)
Esta suegra remilgada
metia su cucharada,
con razon ó sin razon,
en cualquiera desazon;
pues queria la señora
ser la pacificadora,
con una charla prolija
siempre á favor de la hija,
con un humor del infierno
siempre en contra de su yerno.
Un dia de sobre-mesa
(vamos á lo que interesa)
no sé por qué cierta cosa
se armó una riña furiosa.
El las dijo que callárau
y que no le alborotáran;
ellas encolerizadas,
cada vez mas endiabladas
querian desgaznatarlo,
desgreñarlo, acogotarlo
tanto, que el dicho marido
sofocado y aburrido
al cabo se levantó,
y ¿qué hizo? fué y agarró
un garrote que allí habia,
y ¡cómo me las pondria!
no lo quisiera decir,
pues se deja discurrir.
Ellas entonces gritaban,
y gemian y lloraban,
maldigeron, renegaron,
esclamando, sollozando,
pateando y blasfemando
de manera, que se oia
el ruido y la gritería,
si vale decir verdad,

en toda la vecindad.
El marido sosegado,
despues de haber descargado
(porque eso tenia de bueno,
que se quedaba sereno
y la ira le pasaba
en cuanto se desahogaba)
se puso pues al balcon,
cabalmente en la ocasion
que estaba lleno de gente
el otro balcon de enfrente,
la cual habria salido
sin duda á escuchar el ruido.
En cuanto le divisaron,
al instante preguntaron,
(son los vecinos, señores,
siempre muy preguntadores)
¿Qué es lo que habia pasado?
porque estaban en cuidado.
Respondióles el marido
con un sosiego fingido....
cualquiera se pensará
que una gran cosa será,
y yo apostaria que era
tan solo una *friolera*.
No hay miedo de que me aflija;
cosas son de madre é hija.

J. M.

EPIGRAMAS.

Dijo un tuerto á un jorobado,
á quien vió al romper el alba:
Muy pronto, amiguito mio,
camina usted con la carga.
Temprano debe de ser,
respondió el otro con calma,
cuando tiene usted abierta
solamente una ventana.

GERÓNIMO MORAN.

Verdades diplomático-políticas á guisa de epígramas.

Un inocente labriego,
tan cerril como su potro,
deciale ayer á otro:
«Eso de patria qué es, Diego?»
Y siguiendo su camino
contestó el interpelado:
«No sé, mas tengo observado
que huele un poco á..... destino.»

Haciéndose la ignorante
preguntó Doña Merced
de su casa á un tertuliante:
«¿de qué partido es usted?»
Y el bueno de D. Pascual
le respondió sin demora;
«¿no lo sabe usted, señora?
yo siempre..... del actual.»

Con sombrero blanco y saco,
barba, bigote y perilla,
mas liberal que Padilla
se ostenta el insigne Paco.
Y anteanoche en cierto baile
un chivato de otro aprisco,
miróle y dijo: «Francisco.....
el hábito no hace al fraile.»

El sueco BALDOVÍ.

Palas postizas.

Pulidísimo poeta,
que siempre os andais buscando
cefirillos en diciembre
y florecillas en marzo;
ved que es malogrado tiempo
el que gastais en cantarnos
esas romanzas melosas
que á vos embelesan tanto.
Porque ninguno os escucha,
ni posible es escucharos,
ni debe (salvo los sordos)

nadie escuchar vuestro canto.
Vos engalanais de yerba
fuera de sazon los campos,
y á deshora de sus nidos
haceis levantar los pájaros.
Vos, asida del cabello,
sin compasion á su llanto,
á cada instante á la aurora
arrastrais de su palacio,
y ni deja miel segura
en el panal vuestro lábio,
ni brisilla sosegada,
ni libre arroyuelo manso.
Y lo que mas impacienta,
ingeniosísimo bardo,
es que, cuando estamos todos
con vuestra musa trinando,
sobre la blanca verbena
muellemente recostado
tan complacido y risueño
vos dispongais coronaros.
¿A dónde vais por el mirto?
¿De dónde arrancais el lauro?
¿Y qué lograis con poneros
en la frente esos enjalmos?
Un mancebo como un roble
no os causa grima pasáros
unas tras otras las horas
entre los juncos holgando?
¿No teneis en vuestra tierra
otro mas útil cuidado
que atisbar la rubia aurora
y espantar los tiernos pájaros?.....
Amigo, trocad de vida;
de cantinelas dejaos,
sacudid el cuerpo inerme,
y haced valer vuestros brazos!

CAROLINA CORONADO.

Á MI AMIGO D. PEDRO CALVO.

Mi retrato.

¿Hay cosa mas singular
ni mas atroz desventura
que querer un hombre hablar
y ni aun poder esplicar
lo que atañe á su figura?
¡Voto á Cribas! que es muy raro
lo que por mí pasa hoy:
pero yo en nada reparo
ni en obstáculos me paro,
pecho al agua y allá voy.
Pues señor, yo soy un hombre
(y en esto no me equivoco)
por supuesto tengo un nombre,
y aunque el nombre importa poco,
tal vez alguno se asombre.
No quiero decir por esto
que no sea muy bonito,
eso lo doy por supuesto,
que entre todos *Panfilito*
ha ocupado el mejor puesto.
Fué invencion de mi madrina
que era *Pánfila* tambien,
y por seguir la doctrina
yo disfruto de este bien
que mil dichas me origina.
La primera, y la mas mala,
es, que si hago una visita,
en cuanto piso en la sala
me dice la señorita
con la candidez de Atala:
«Felices, señor Don.... qué?
«¡Ah!.... ya caigo, Panfilito.
«Es tan bello, ya se ve.....
«con un nombre tan bonito,
«muy ufano estará usté.»
Y sigue á este galanteo
una risa que da gozo;
y entonces es cuando veo,
que no he nacido buen mozo,
y que es subido mi feo.
Porque si fuera bonito,
poco importára en verdad
el llamarme *Panfilito*:
mas Dios tuvo la bondad
de que naciera feito.
Y mi madrina impaciente,
para completar su hechura,
me puso muy diligente
relativo á mi figura
el nombre correspondiente.
Voy á esplicarte, lector,
la forma de mis facciones,
y te pido por favor
que de tantas perfecciones
me digas cuál es mejor.
Y aunque digan que es torpeza,
me describiré al revés,
principiando en la cabeza
y concluyendo en los piés,
que así tengo mas franqueza.
Mi cabeza es de Medusa,
sin culebras, eso no;
tengo por pelo pelusa

y aunque mi frente es confusa,
mas fea nunca se vió.
Dos anchas y lindas cejas
dan espresion á mi busto,
pues me tapan las orejas,
y en ellas pueden á gusto
labrar su miel las avejas.
Ha dado en decir la gente,
que estan en pugna constante
mis ojos, y es evidente,
pues uno mira á Poniente
y el otro mira á Levante.
Ahora sigue lo mejor,
y lo que en mí mas resalta,
lo que me hace algun favor,
en lo que nadie halló falta,
lo que me da en fin honor;
Una nariz, qué mal dige,
un cañon de chimenea
es la nariz que me aflige,
pues como aquel se menea,
cuando un aire fuerte rige.
Es mi boca..... singular,
pues, sin ser ponderacion,
en ella pudiera entrar
de frente un guardacanton,
y aun la podria cerrar.
Mi pecho figura un pozo
ó una puerta de una alcoba,
perdiéndose sin rebozo
en una inmensa joroba
de mi espalda: ¿soy buen mozo?
Mis brazos son, no pondero,
largos, como la ambicion
de ministro ó usurero,
y gordos en conclusion
como cañas de gilguero.
Pero mi tripa es famosa,
no tiene comparacion
su magnitud asombrosa,
y aun en la mar caudalosa
sirviera de embarcacion.
Dejo aquí enumeraciones
por no cansarte, lector,
mas te pido por favor
que de tantas perfecciones
me digas cuál es mejor.

RAMON GARCIA LUNA.

Enfermedad de D. Abundio.

Digimos en el último número que D. Abundio estaba bastante apurado, y con harto sentimiento tenemos que anunciar hoy, que á pesar de las píldoras y otras cosas que le probaban muy bien, continúa presentando síntomas alarmantes.

El miércoles hubo junta de facultativos, donde se reunieron los médicos siguientes: Ayguals, Ribot, Príncipe, Hartzenbusch y Villergas. Baldovi presidia la sesion desde el reino de Valencia, que á pesar de estar bastante lejos, como es sordo, oia perfectamente los discursos de sus camaradas. Pero nada se ha adelantado que merezca la pena, y lo mas terrible es que D. Abundio se va á varas.

Ya hemos dicho que se confesó, pero hoy añadiremos que tomó comunion como buen cristiano, habiéndose zampado la rueda de un molino como quien traga una pastilla. ¡Quién habia de decir á D. Abundio que le hiciéramos comulgar con ruedas de molino!

El pobre viejo está abatido. Solo el cuidado con que se le trata le va sosteniendo, porque los alimentos no son cosa mayor para un hombre de su humanidad. Por la mañana se desayuna con un cántaro de leche caliente, despues se le dan unas magras y como media pierna de ternera, y con esto y una arroba de vino, ya no tiene ganas hasta la hora de comer. Su puchero de enfermo consiste en un celemin de garbanzos, cuatro gallinas, dos pavos, diez libras de vaca, un carnero con cuernos y todo, y chorizo, tocino, morcilla y relleno á proporcion. Con esto pasa la tarde bastante bien sin desmayarse hasta la hora de cenar.

Pero está tan debilitado, que hoy ha sufrido un ataque violento en un zancajo, que le ha dejado mortal. La medida mas urgente pareció á los médicos darle la Uncion. Esta no le aliviará el cuerpo, pero le servirá para la salud del alma, y al cabo es un consuelo. Recibió D. Abundio la Uncion con mas valor que un toro, y dice que no estará contento hasta que se la den otra vez; despues vino el prensista de LA RISA, y le empezó á ayudar á bien morir. Tal es la situacion en que le dejamos á última hora; pero no por eso desesperamos de su restablecimiento, porque como se suele decir, mientras hay vida hay esperanza.

Esta noche se queda á asistir al enfermo, Don Antonio Ribot y Fontseré.

AMBIGÚ.

Berengenas.

Despues de dividirlas por enmedio se las quitan sus granos, y se hacen incisiones en su parte carnosa, sin maltratar el pellejo que las cubre; se polvorean con sal, pimienta y nuez moscada, se rocian con aceite, y se ponen en parrilla. Tambien puede rellenarse.

Cardos con queso.

Se añade á una salsa blanca el queso raspado, y se colocan en él los cardos; se polvorea un plato con el mismo queso, poniendo por encima miga de pan; se ponen los cardos en él, polvoreándolos con queso, y sucesivamente se forman capas de una cosa y de otra, hasta que esten bien cubiertos por la salsa y por el queso; la última capa se debe hacer con la miga de pan muy bien mezclada con queso: todo esto se pone á un fuego templado con su tapadera, teniendo cuidado de echar antes de taparlos manteca desleida sobre la miga de pan.

Zanahorias.

Cortadas las zanahorias en ruedas, se limpian y se echan en manteca con caldo, se añade un poco de azúcar, reduciendo la grasa á gelatina; se le añade un poco de manteca y yerbas finas, haciendo que hiervan un rato, y se sirven como coscorrones fritos.

De otro modo.

Despues de cocidas las zanahorias en trozos como dados en caldo con sal y manteca, se retiran y escurren para freirlas con manteca y peregil picado, sal y pimienta.

Apio.

Se come en ensalada, y se pueden tambien hacer con él diferentes intermedios, para lo cual se arrancarán las hojas verdes y poco unidas á la raiz; se lavarán los piés unos tras otros en diferentes aguas con mucho cuidado; se blanquean, refrescan y escurren, y se ponen en una cazuela con manteca, polvoreándolos con harina y mojándolo todo con caldo; se sazona con sal, pimienta quebrantada y nuez moscada rallada; y cuando esto está cocido, se añaden algunas cucharadas de buena sustancia.

Apio frito.

Debe blanquearse de antemano, escurrirse y cocerse en caldo, y despues se moja en una pasta conveniente para freirle.

Apio con guisantes.

Se corta el apio en trozos tan pequeños como se pueda, y lo mismo se hace con los espárragos; se escurre y echa en manteca, polvoreándolo con harina, y humedeciéndolo con caldo. Cuando ya está cocido y reducido, se le mezcla batido de yemas para servirle con coscorrones.

Hongos.

Hay botánicos que han esplicado de qué modo pueden reconocerse los hongos venenosos; y esto no impide que muchas personas no se engañen. La observacion mas principal es que el hongo de buena calidad debe ser firme, redondo, blanco por encima y rogizo hácia dentro, cuyas señales son opuestas en los malos. El mejor medio de contener el envenenamiento de hongos es procurar el vómito lo mas pronto posible, y beber en seguida agua de azúcar con vinagre, agraz, ó cualquiera otro ácido, aguardiente en pequeña cantidad, y el éter disuelto en dos ó tres yemas de huevo desleido en agua de azúcar.

Hongos en general.

Para prepararlos se eligen los mas grandes y gruesos, se les quita toda la superficie, se lavan en agua para ponerlos en seguida en adobo con aceite, sal y pimienta. Se les saca y divide para ponerlos en las parrillas por los dos lados, y servirlos con aceite, en el cual se hayan reducido rábanos, peregil picado con sal, y pimienta quebrantada.

Hongos con yerbas finas.

Tómense los hongos como se ha dicho, quitenseles los rabos y apriéteseles en una servilleta para estraer su agua; se añade el peregil con rábanos, pepinillos, alcaparras picadas muy menudamente, sal y pimienta quebrantada, de todo lo cual se hace una mezcla exacta, echándola aceite. Con este picado se rellenan los hongos, se polvorean con raspadura de pan, y se ponen al hornillo.

Col con nata.

Cuando las coles estan bien mondadas y limpias, se cuecen con agua y sal, y se dejan refrescar y escurrir para picarlas en pedazos gruesos, pasarlos por manteca y añadir sal, y pimienta y nuez de especia raspada; se humedece todo con crema y se reduce á fuego lento, hasta que la col esté bien aderezada.

Coles rellenas.

Despues de elegidas las coles de un tamaño regular, se quitan sus hojas verdes mas gruesas, se blanquean con agua hirviendo por un cuarto de hora todas enteras, se las saca y se escurren apretándolas con la mano: se las quita despues todo su cogollo para rellenarle con una mezcla de carne de salchichas y castañas picadas, ó con cualquiera otro relleno mas ó menos compuesto; se cubre cada col con sus hojas, se atan, y se prepara con tocino el fondo de una cacerola, en la que se coloca cada col cubierta con otras lonjas; se añade en el circuito despojos de zanahorias y cebollas, se le echa caldo y un poco de vino blanco, cociéndolas así á fuego lento. Bien cocida la col y reducida la salsa, se saca del fuego y se desata, aderezándola y rociándola con la salsa pasada por cedazo.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.